

EL LEÓN

Autor: Abilio Ayuso



¿Te crees muy astuto, muy chulo, sinvergüenza y listo?, tranquilo, la vida te dará lo que te mereces. ¿Ya eres viejo y que te quiten lo bailado?... Una mala noticia, aunque los científicos callen como zorros, está probado que la reencarnación existe. ¡Pagarás! +12

James era lo que se dice un bróker de éxito, de los que se ganan la vida especulando y ayudando a especular a otros. Tenía todo lo que se necesita para esta profesión, instinto, astucia, falta de escrúpulos, hubiera vendido el alma de su madre por una buena operación económica.

Linda, su secretaria, era las manos y el cerebro gris detrás de aquella fachada, la que en realidad hacía el trabajo, tanto el sucio como el limpio, su jefe le daba las ideas y ella se ponía manos a la obra, también sabía advertirle cuando una operación no pintaba bien y le había salvado de más de una catástrofe.

Además de los asuntos profesionales llevaba los “particulares”, sabía cuándo había que mandar un regalo a una amiguita por su cumpleaños, o si tenía que decirle a otra que James estaría ilocalizable durante una temporada.

Con aquella persona tan inteligente y abnegada a cargo de sus asuntos James vivía feliz, despreocupado y trabajando poco, ella tenía todas sus claves, sus códigos, el acceso a todos sus correos, tanto profesionales como particulares y era su motor y su cortafuegos.

Si él pasaba un fin de semana en la playa con la última novieta ella estaba al tanto de los últimos acontecimientos del mercado bursátil y hacía y deshacía en su nombre.

Eso no quiere decir que estuviera muy valorada, el cerdo de su jefe daba por hecho que todo eso era su obligación, que para eso le pagaba, aunque la verdad es que ni la mitad de lo que se merecía, asimismo la despreciaba como persona, una solterona modosita y más bien tímida, que había pasado la treintena y vivía con tres gatos... Para él era un cero a la izquierda y no hacía el más mínimo esfuerzo por que no se le notara.

Por supuesto él se apuntaba todos los éxitos de cara a la compañía y si cometía un fallo era ella quien se lo tenía que apuntar.

La pobre se tuvo que tragar más de una bronca inmerecida delante de terceros, aunque ambos sabían perfectamente que él había tenido la culpa, eso sí, cuando los otros desaparecían... Sonrisa y aquí no ha pasado nada, pero ni un atisbo de disculpa.

No es que Linda fuera feliz con su vida, pero le gustaba su trabajo, y en cuanto al trato que recibía por parte de su jefe... Lo aceptaba como algo irremediable, igual que se acepta el excesivo calor del verano.

Pero toda fidelidad tiene sus límites, y los de Linda se traspasaron el día en que James le comunicó cuando harían las vacaciones y le encargó que se las gestionara.

Durante el período vacacional hacía que su secretaria dejara los asuntos lo mejor apañados posible y luego se tomara casi los mismos días que él, para que mientras estuvieran los dos fuera... Saliera el Sol por donde saliera. ya que el muy astuto

prefería que durante ese tiempo alguna operación pudiera torcerse antes de que la compañía llegara a darse cuenta de que con su secretaria al cargo él era totalmente prescindible.

Ella había hecho cosas en su nombre que realmente le repugnaban, como mentir, engañar, dar falsas esperanzas, y lo que él le pidiera, pero sus límites se rompieron cuando le encargó tramitar un viaje a Sudáfrica cuyo objetivo principal era cazar un león con arco y flechas.

A medida que gestionaba aquella infamia, se informaba por otros conductos de todo el entramado que había detrás de aquel supuesto deporte.

Los leones eran criados específicamente para aquella finalidad, no tenían ningún recelo del ser humano, los cuidadores negros entraban tranquilamente en sus recintos para darles de comer o curarles una pata, eran como perrillos grandes y confiados.

El día señalado cargaban al pobre bicho en un furgón y lo soltaban en un terreno de la propia empresa de safaris, cuando veía a los cazadores el animal se acercaba mansamente a jugar o pedirles comida, momento en el cual, el valiente cazador que había pagado un puñado de dólares para poder efectuar aquella carnicería lo cosía a flechazos sin ningún riesgo, ya que a su lado había un par de guardas con fusiles de gran calibre, todo ello se grababa en vídeo y luego se hacían las fotos para inmortalizar la hazaña.

Linda sabía que, de haberse negado a tramitar aquella asquerosidad, su jefe, no sólo la hubiera despedido, sino que habría difundido informes negativos de ella para que ninguna compañía la contratara, así que enfocó el asunto de otra forma.

Sabía exactamente como, cuando y donde estaría James en cada momento por tanto no le costó en absoluto sincronizar su propio viaje con el de él, partiendo hacia Sudáfrica un día antes, pero haciendo escala en París.

No había problema en que intentaran localizarla porque había comunicado a la Compañía y a su jefe que aprovecharía las vacaciones para realizar un retiro espiritual desconectada del mundo.

A él ya le pareció bien ya que así evitaba que la empresa pudiera contactar con ella para resolver algún asunto, es más, por tal motivo siempre le recomendaba que en las vacaciones desconectara de todo.

Lo primero que hizo Linda al llegar al aeropuerto sudafricano fue cambiar de imagen, con una peluca larga y morena sobre su cortito pelo rubio, oscureciendo su blanca piel, aplicando algún truco de maquillaje que había aprendido, vistiendo de forma diferente a lo habitual y llevando zapatos con plataformas, sombrero y gafas de sol, no la hubiera reconocido ni su madre.

A pesar de tenerlo todo perfectamente planificado se sentía muy insegura, una rata de oficina como ella adoptando el papel de agente secreto le venía grande.

Tal como andaba perdida en estas cavilaciones se topó frente a frente con un negro de porte altivo vestido con túnica y atuendos de chamán que le sonrió y le dijo: “¿Llena de dudas, verdad?, no sabes si tendrás el valor suficiente para triunfar”.

“Bueno... Usted no sabe nada de mi vida”.

“Claro que sé, soy chamán y veo los espíritus, has decidido enfrentarte a un hombre malo y si lo consigues romperás muchas barreras que te limitan”.

“No, no se trata de un novio al que deba dejar ni nada de eso”.

El chamán extrajo de su túnica una stampa de un león y le dijo: “Claro que no, se trata de esto”.

Linda se quedó anonadada, el viejo le dijo: “Ven a mi consultorio, no temas, puedo ayudarte, no te voy a cobrar ni un dólar”.

En aquel pequeño tugurio el hombre le dijo: “Sólo triunfarás si tienes valor y apuestas fuerte, cuélgate este amuleto, es un diente de león, te dará coraje, no te lo quites nunca, no me debes nada, no quiero tu dinero, sólo si triunfas y cumples todos tus deseos puedes venir para ayudar a que este pobre viejo tenga un retiro menos duro”.

Linda contactó con la empresa de safaris, se hizo pasar por aficionada a la caza, pagó por ver alguna cacería, se mostró abierta y simpática, invitó a gente, hizo regalos, dio propinas y pudo asistir a safaris fotográficos y de cacería, aunque en estos últimos tuvo que hacer de tripas corazón para no vomitar.

Esforzándose consiguió hablar con acento sudamericano, una habilidad que por pura gracia había cultivado en secreto viendo películas o reportajes.

También hizo amistad con los empleados que cuidaban todo el entramado mostrándose muy apasionada por el tema de la caza.

El día anterior al señalado para que su jefe realizara su valerosa hazaña, fue como en otras ocasiones a interesarse por el asunto.

El cuidador, un negrote enorme llamado Isaías, estaba encantado de que una mujer blanca fuera tan simpática y agradable con él y le dio toda clase de detalles, la llevó al lugar donde un majestuoso macho de león aguardaba su comida y entrando tranquilamente en el recinto le fue explicando mientras daba enormes trozos de carne al felino: “Pues ves... Este es Simba, y mañana le toca”.

“¿Qué quiere decir que le toca?”.

“Pues que vendrá un señorito de Nueva York con mucha pasta, le soltaremos a Simba en un terreno libre, lo matará a flechazos y se creará muy valiente, y ya ves, yo aquí dándole de comer con la mano”.

“Pues sí que es manso”.

“No lo va a ser, si le he criado desde cachorro”.

“¿Y no te sabe mal que se lo cargue un desgraciado yanqui?”.

“Pues sí, pero de eso vivimos, la pasta que pagará ese hijoputa vale más que la que ganamos con cuarenta safaris fotográficos”.

“Vaya mierda de cazadores”.

“Los desprecio, si un hombre va por la sabana, un león le ataca y él lo mata con flechas o lanza digo: Ole tus huevos, pero estos desgraciados, si se encontraran solos con un león de verdad se cagarían de miedo”.

Lo que ni el muchachote ni nadie sabían es que el macuto que Linda llevaba con sus cigarrillos, botellín de agua y otros artículos de primera necesidad tenía un doble fondo donde tres microcámaras grababan todo lo que sucedía en distintos ángulos.

Al día siguiente, se mostró muy interesada en ver la cacería personalmente. Aunque era un evento privado le dijeron que podría contemplarlo desde un vehículo aparte a una respetable distancia, pero que no podría grabar ni hacer fotos.

El guarda que la llevó no pudo imaginar que aquellos enormes gemelos de campaña que ella utilizaba para no perderse la escena tenían convertido su cuerpo derecho en un potentísimo zum con una microcámara de alta resolución incorporada con la que pudo grabar todo.

Inmortalizó el momento en que soltaban a Simba desde el furgón, llegaba James con sus guardaespaldas, el animal se acercaba confiado y él le cosía a flechazos con un potente arco de nueva generación sin que el pobre bicho acertara a comprender lo que estaba sucediendo.

También pudo grabar al desgraciado aquél agarrando la cabeza del cadáver, luego subido de pies encima y toda suerte de poses. En ese momento le dijo a su chófer que tenía que volver al hotel porque se había olvidado las pastillas, cosas de mujeres.

Sólo llegar, liquidó la cuenta del hotel en efectivo, recuperó su pasaporte falso que llevaba incorporada la foto de su nuevo aspecto de morena melenuda, y que en

recepción no le había dado problemas porque no realizaban demasiadas comprobaciones.

Tomó un taxi hasta un centro comercial muy concurrido, en los lavabos se deshizo de la peluca, maquillaje y todo aquello que recordara su aspecto de incógnito, lo lanzó en un contenedor dentro de una bolsa de basura aunque poniendo por encima trozos de verdura y fruta a medio comer, el contenido de un yogur, unos fideos chinos, trozos de papel higiénico y todo aquello que no animara a seguir investigando su contenido, troceó su falso pasaporte y lo fue lanzando a pedazos en algún inodoro o papelería envuelto en papel higiénico y se dirigió al aeropuerto a tiempo de tomar su vuelo a París.

Una vez allí se hizo selfis en la capital de Francia, al día siguiente en Roma, al otro en Londres, un amigo informático le había instalado una aplicación con la que modificaba la fecha y hora en que se habían efectuado las fotos, al final le quedó un reportaje como si desde el principio de las vacaciones hubiera estado cuatro o cinco días en cada una de las diferentes capitales europeas.

Regresó una semana antes de que se acabaran sus vacaciones, de inmediato contactó con una de las más importantes asociaciones animalistas a través de una red informática indetectable firmando con el mismo nombre de su pasaporte falso, Paquita Rupérez.

Les pasó fragmentos de los vídeos filmados y les preguntó si les interesaba hundir aquel canalla, le respondieron que les encantaría darle un escarmiento y a partir de eso les envió toda la información que había grabado más todos los datos de su empresa, clientes, Etc.

Medio siglo atrás, aquello no hubiera tenido demasiada importancia, pero en el año dos mil veinte el reportaje de un hombre asesinando de forma cruel a un pobre león que ha sido criado a biberón desató una verdadera ola de indignación.

Tal vez algunos directivos de firmas de prestigio en realidad no daban demasiada importancia a ese acto, incluso algunos hubieran hecho lo mismo, pero de cara a la galería tenían que demostrar su repulsa, en menos de veinticuatro horas el noventa por ciento de clientes de James habían comunicado a la compañía que no pensaban permitir que aquel individuo tramitara sus finanzas, ni siquiera la propia empresa si él seguía trabajando en ella.

Linda regresó como siempre a su trabajo tres días antes que su jefe para ir preparando el terreno y que cuando él llegara estuviera todo mascado. Sólo entrar la recepcionista le dijo que fuera directa al despacho del gerente, que la estaba esperando, el hombre muy afablemente le preguntó cuántos de los códigos y claves de su jefe conocía y podía modificar, ella contestó que absolutamente todos, la respuesta fue: “James ha cometido una serie de actos indignos que obligan a esta compañía a prescindir de sus servicios de inmediato, ¿Con quién está su fidelidad?”.

“Con la empresa al cien por cien, que es quien paga mi sueldo, no lo dude”.

“Pues bien, vaya a su puesto de trabajo y cámbielos absolutamente todos de forma que él no pueda mover ni ver ni entrar en nada de esta empresa, cuando haya acabado venga a verme”.

Al cabo de una hora regresaba al despacho con la misión cumplida, el gerente le sonrió condescendentemente y le dijo: “No se preocupe por su empleo, usted es una empleada fiel y aunque despidamos a su jefe la recolocaremos en un puesto adecuado, ahora tenemos que ver a quien pasamos toda la cartera de clientes de James”.

Ella le contestó tímidamente: “¿Quiere que le dé una buena idea?”.

“Si, por supuesto”.

“¿Puedo hablar con total franqueza?”.

“Por favor, se lo ruego”.

“En realidad, quien trabajaba era yo, James era sólo la fachada, pregúnteme sobre cualquier cuenta o cliente y le podré dar pelos y señales mientras que él sólo le podrá decir cuando se fue de copas con alguno de sus ejecutivos”.

“Si, pero usted no era tan perfecta, yo recuerdo alguno de sus fallos bastante sonados que no sé porque su jefe toleró”.

“Los toleró porque eran suyos y yo el saco de mierda donde meterlos”.

“Vaya... Que interesante”.

“Pues bien, mi propuesta es la siguiente, yo sola puedo llevar la cartera mejor que con las interferencias de James, pero reconozco mis limitaciones, no tengo el carisma, la caradura y el desparpajo suyo, por eso le propongo que usted diga que asume personalmente su cartera, ya sé que un gerente no está para eso, pero en este caso no le representará ningún trabajo, yo lo haré todo, como hasta ahora, y del sueldo y comisiones que él se llevaba me conformo con el cuarenta por ciento y usted, por ser la imagen visible puede quedarse con el sesenta por ciento”.

“Es una idea tentadora, probaremos durante unos meses, a ver qué pasa”.

El gerente, que era un zorro astuto acabó preguntando a Linda: Y cambiando de tema: ¿Que tal le han ido sus vacaciones?”.

Ella sacó su móvil y ofreciéndoselo le dijo: “En principio pensaba acudir a un retiro espiritual, pero luego me dije: ¡Qué demonios!, sólo se vive una vez, voy a ver Europa, si le interesa el reportaje de una solterona por aquellos países aquí lo tiene, aunque para un hombre de mundo como usted será como una hamburguesa para un chef de alta cocina”.

El hombre lo tomó amablemente y pasó rápidamente por las diferentes fotografías sin perder de vista las fechas en que estaban tomadas, aunque no tenía excesivas dudas, con ello se aseguró de que Linda no tenía nada que ver con el aquel montaje.

Al día siguiente ella denunció el extravío de su pasaporte y solicitó uno nuevo.

Cuando James regresó dos días después se encontró con la desagradable sorpresa de que en lugar del típico mensaje de su secretaria diciéndole que todo estaba en orden halló otro comunicando que la empresa le había prohibido ponerse en contacto con él, ni siquiera nivel particular, pero que no sabía el motivo.

Después de intentar contactar con ella varias veces en vano incluso se acercó a su apartamento, pero le dijeron que ya no vivía allí.

Se dirigió a la empresa como un basilisco dispuesto a aclarar las cosas para encontrarse que los de seguridad en lugar de permitirle entrar le introdujeron en la sala de las visitas, al cabo de un buen rato le hicieron pasar a un despacho donde le aguardaban el gerente, el director de recursos humanos y el financiero que le hicieron sentarse y aguardar en silencio.

Al cabo de un buen rato el gerente accionó un mando a distancia y en el enorme televisor de la pared, para su sorpresa, aparecieron las imágenes del cuidador acariciando a Simba y explicando que al día siguiente lo matarían más luego un extracto de su proeza de cazador.

De todo el material grabado, la asociación animalista había hecho un resumen en el que James aparecía en las poses más repugnantes posibles, gritando de júbilo cuando el animal aullaba de dolor, rematándolo a corta distancia, saltando encima suyo, Etc., no hacía falta ser animalista para sentir vómitos.

Al final el gerente le dijo: “Mi buen James, ¿No podías haberte ido de putas a Las Vegas?, ¿Tenías que ir a Sudáfrica a matar un leoncito y que una asociación animalista te pillara?, ¿Sabes cuanto daño has hecho a nuestra firma?, tal vez otros habrán hecho cosas perores, pero a ti te han atrapado y estás de mierda hasta las orejas, no sé si sólo con despedirte recuperaremos el mal causado o tendremos incluso que demandarte por los perjuicios que tu mala cabeza nos ha reportado”.

James salió de allí temblando de rabia, miedo e ira, en los días siguientes partió a Sudáfrica dispuesto a matar a quien le hubiera vendido. La compañía de safaris tampoco estaba demasiado contenta con la propaganda negativa que aquello

representaba y le dieron todas las facilidades posibles. La conclusión fue que una activista sudamericana llamada Paquita Rupérez era la causante de todos sus males, evidentemente nunca la pudo localizar.

Isaías, el pobre cuidador fue despedido, aunque después de que hubieran matado a su Simba ya no le importó demasiado, pasado un tiempo una mano anónima le hizo llegar un buen puñado de dólares que le sirvieron para abrir un pequeño negocio.

Al cabo de unos meses el gerente llamaba a Linda a su despacho para decirle: “Como ya sabes yo no soy el hada madrina ni la Madre Teresa de Calcuta, pero sé reconocer la valía de mis empleados, la cartera de James está rindiendo más que antes, incluso un pajarito me ha dicho que algunos clientes prefieren hablar con una persona sencilla y llana como tú que con el prepotente de tu jefe, así que me retiro, la cartera es tuya con todas sus consecuencias y beneficios”.

“Gracias, no se arrepentirá”.

“Lo sé, por eso lo hago”.

Tal vez por tener más contactos directos con sus clientes, o porque a partir de haberse atrevido a realizar aquellas labores de comando en Sudáfrica tenía más desparpajo, Linda consiguió casarse con uno de sus clientes ricos, un millonario divorciado que se había vuelto casi misógino pero que con ella recobró la fe en las mujeres.

Sin embargo, a James no le fueron tan bien las cosas, al haber sido despedido con deshonor de la principal compañía del mercado de valores se convirtió en un apestado, no le querían ni para llevar la máquina de fotocopias. Sin poder pagar la hipoteca de su lujoso apartamento en Manhattan ni el leasing de su deportivo acabó perdiéndolo todo, su ego no pudo soportar aquella situación y acabó suicidándose desde el piso cuarenta de un rascacielos.

Años después, mirando el diente de león Linda se acordó del viejo chamán, le dijo a su marido que tenía que pagar una deuda, tomó un buen puñado de dólares y marchó rumbo a Sudáfrica, a pesar del tiempo transcurrido recordaba perfectamente el callejón donde se hallaba el consultorio, golpeó tímidamente sobre la entreabierta portezuela, al no recibir respuesta fue penetrando para encontrarse frente al chamán que casi no había envejecido y le dijo sonriente: “La muchachita americana que supo vengar la injusta muerte del león”.

“¿¿Como me ha podido reconocer sin mi disfraz?!”.

“Porque yo veo más los espíritus que los cuerpos, eres la misma pero más madura”.

Sacando de su bolso una preciosa cajita lacada en cuyo interior había, muy apretado un buen fajo de billetes nuevos de cien dólares le dijo: “Le traigo un regalo para ayudarle en su vejez”.

“Una cajita preciosa, me servirá para guardar las bolsitas de hierbas”.

“Bueno... Más que la cajita, en su interior...”.

“Shhhh, recuerda que yo lo sé todo, y hay cosas que se deben hacer, pero no decir”.

“Oh, claro, bueno y si quiere que le explique lo que le ocurrió al individuo aquel”.

“Ah, sí, murió ayer de una forma horrible”.

“Se equivoca, se suicidó hace años”.

“Yo no me equivoco nunca, ¿No has oído hablar de la reencarnación?”.

“No me diga que...”.

“Si, reencarnó en una aldea miserable de África, pasó una infancia penosa, hasta que ayer mismo, cuando se había alejado sin permiso del poblado se topó de frente con un poderoso macho de león salvaje que jugó con él como el gato con el ratón hasta matarlo de una forma cruel y devorarlo”.

“Qué horror, cualquiera que no conozca los antecedentes y la ley del karma pensará que es injusto lo que le ha pasado al pobrecito niño”.

“Pues sí, porque ¿Sabes quién era el león que lo devoró?”.

“Déjeme adivinar, la reencarnación de Simba”.

“Todo está interconectado, pero la gente corriente solo ve un trocito de la realidad y piensa que las cosas suceden por azar, como Isaías el cuidador de Simba que hace unos días con su moto averiada en mitad de la sabana fue acosado por un grupo de hienas, sin embargo, un poderoso león macho las ahuyentó y se marchó tranquilamente sin atacarle, no creo que él pueda ver la relación del suceso”.

“¿El nuevo Simba reencarnado?”.

“Por supuesto, así que cuando veas a una persona astuta y malvada actuar con total impunidad no te indignes, su karma le está esperando, antes o después encontrará lo que se merece”.

FIN...